

«...Y un día, sin preverlo, vi las estrellas...»

Cristina Alvarez Puerto, estudiante de 3.º de Ciencias de la Educación, en la Universidad de Comillas, nos envía, en 12 tiempos, su impresión pedagógica al visitar el planetarium de



Madrid. Al mismo tiempo que observa, describe su reacción interior, sus recuerdos y el deseo de una mejora dinámica en el aprendizaje encerrado en las aulas de nuestras escuelas.

1

En el buzón, una carta: «...tiene el honor de invitarle a la presentación en Madrid del planetario viajero», «la Caixa en las escuelas», «pedagógicamente...». Decidí asistir con el propósito de estructurar y buscar coherencia al montón de palabras y frases que se me apelotonaron en una misma tonalidad curiosa, al leer aquella invitación.

2

De repente me vi envuelta en un tumulto de gente desconocida, pero a la vez graciosa y gratificadamente unida bajo un mismo denominador común: interés y preocupación por el mundo educativo, por sus constantes y problemática.

3

Ya dieron las siete, todos volvemos nuestro rostro al frente, hacia esas cuatro personas que están ahí delante. Va a comenzar la presentación del planetario viajero.

La sorpresa y el agrado brotaron en mí extrañamente, al margen de los estímulos que, desde hacía tiempo, eran limitados por mi propia «normativa sentimental». Entre aquellas cuatro personas descubría a un verdadero espíritu pedagógico, pues, advirtiendo la concentración de un público reunido graciosa y gratificadamente, supo aprovechar la ocasión para despertar nuestras conciencias, motivándonos a despejar el camino, recordándonos el lugar de encuentro, el niño, y potenciando los fines ideales en hechos concretos mediante un gran ejemplo: el planetario viajero.

4

Realmente son hechos concretos como éste los que necesitamos para nuestras escuelas, para nuestros niños. Tenemos que realizar una verdadera adaptación de la escuela al niño, recuperando quizás conceptos y métodos vigentes en aquella revolución teórica y pragmática que otrora Rousseau, Pestalozzi o Herbart sembraron en nuestros espíritus docentes.

5

Y es que, como propone Juan Delval en su Educación Nueva, no debemos ya pretender que el niño sea activo en la escuela, sino revisar las relaciones entre profesor-alumno, alumno-alumno y familia-alumno, reformando así la organización social de la propia escuela; se trata, pues, de conseguir una verdadera adaptación de la escuela al niño y no a la inversa, para lo cual necesitamos potenciar el interés por la psicología infantil y evolutiva, adecuando mejor los contenidos al estadio de evolución intelectual del niño.

6

Aún se agrava más la situación si tenemos en cuenta la distancia tan abismal que vive el niño entre escuela y vida. Es como un disfraz que se coloca o le colocan (al niño) a unas determinadas horas del día, por lo cual tiene que transformar y acomodar unos comportamientos específicos que le complican la existencia.

7

Hablábamos antes de reducir la distancia de la escuela respecto al mundo del niño, y de la creación de iniciativas nuevas que procuren romper los cánones establecidos de la «cómoda» unidimensionalidad escolar, de procurar una adaptación de los contenidos educativos al niño y no a la inversa, etc. Pues bien, creo que el planetario viajero es un verdadero paso adelante en esta dirección. Es la plasmación del nuevo concepto del aula «extramuros».

8

Comienza con una curiosa y sugerente entrada que demanda la actividad del niño (ayudarse de las manos para separar los laterales e introducirse por el orificio); un pequeño pasillito que genera aún más la curiosidad y la emoción ya suscitadas al verlo y, por fin, la «cabaña», modesta y acogedora, fiel compañera de la infancia (¿quién no se construyó o soñó alguna vez con una cabaña de niño?). Una vez allí,

preparados, listos... ¡ya!: despegamos hacia un nuevo mundo adaptado al niño, donde aprenderá tocando, viendo y oyendo, jugando con las estrellas, el sol o los planetas, identificándolos, señalándolos, inventando... riendo y disfrutando.

9

Es tal la adaptación al mundo infantil de ese aparato que consiguió que me sintiese como una niña y, siendo esto absurdo y formal cronológicamente hablando, siento ahora la necesidad de romper las estructuras tradicionales de la transmisión del lenguaje hablado y dejar expresarse a las sensaciones.

10

«...ya me toca, ¡jo! voy a entrar la primera, qué emoción, es como un túnel, ¡huy!, ahora se ensancha parece un iglú, me encantaría tener una cabaña como ésta, ya podríamos dar las matemáticas en un sitio como éste... ya empieza, parece mentira, no son palabras como las de la señorita Petra, son amarillas y moradas, son regordetas, zancudas, alocadas (¡qué ilusión!, voy a tocar la Osa Mayor) mira esa azul y esta otra que ha dicho Quichicha mi amiga, me suena a verde pues no sabía que las constelaciones se llamasen así por eso, claro, ahora lo entiendo, yo me imaginaba los meridianos como palos sólidos ahí en medio, ahora lo «veo» claro...».

11

Y salí de «mi cabaña». Soy de nuevo algo mayor y se me ocurre una idea de Juan Enrique Pestalozzi: «todas las cosas existen en número, tienen forma y se puede hablar de ellas». Genial sugerencia para abstraer la necesidad del conocimiento de los números, las palabras y los dibujos.

12

Me encantaría enseñar ahora mismo a un niño una, dos o tres estrellas, dibujar con él el sol preguntándole el día de su cumpleaños, para hablarle de su signo astrológico contándole una historia griega.